

LA IDEA DE EUROPA EN EL PENSAMIENTO POLITICO DE ORTEGA Y GASSET

Por JESUS J. SEBASTIAN LORENTE

SUMARIO

I. ORTEGA Y GASSET: «EL DECANO DE LA IDEA DE EUROPA».—II. LA IDEA DE «REGENERACIÓN Y EUROPEIZACIÓN» EN LAS GENERACIONES DE COMBATE.—III. EUROPA Y LA IDEA DE NACIÓN.—IV. LA EXISTENCIA DE UNA SOCIEDAD EUROPEA.—V. ¿HAY UNA CONCIENCIA CULTURAL EUROPEA?—VI. LA CAPACIDAD DE MANDO CIVILIZADORA: EL «IMPERIUM» ESPIRITUAL DE EUROPA.—VII. EUROPA: EQUILIBRIO Y PLURALIDAD.—VIII. UNA BIOLOGÍA HISTÓRICA DE EUROPA. LA FORMACIÓN VERTICAL DE LA EUROPA DE LOS TRES ELEMENTOS.—IX. LA IDEA DE COMPLEMENTARIEDAD ENTRE LO GERMÁNICO Y LO LATINO.—X. EL CASO DE ALEMANIA: HEROISMO Y TRAGEDIA.—XI. EUROPA «VERSUS» INTERNACIONALISMO.—XII. UNA ECONOMÍA UNITARIA PARA EUROPA.—XIII. EUROPA ES IGUAL A CIENCIA MÁS TÉCNICA.—XIV. A MODO DE CONCLUSIÓN: EUROPA COMO IDENTIDAD NACIONAL

I. ORTEGA Y GASSET: «EL DECANO DE LA IDEA DE EUROPA»

En torno al europeísmo orteguiano se ha repetido constantemente, en un intento de dislocación filosófica, que el autor de *La rebelión de las masas* se adscribió explícitamente al paneuropeísmo del conde Coundenhove-Kalergi (1). Es indudable que el afán europeo de Ortega y Gasset se manifestara en gestos de adhesión a todo intento unificador y, en mayor medida, a movimientos, que, como Pan Europa, se adornaban de un elitismo irrelevante, pero es obvio que Ortega poseía una concepción muy íntima de lo que Europa significaba.

(1) JOSÉ MARÍA DE AREILZA, ex presidente del Consejo de Europa, lanza un tanto arriesgadamente esta tesis del paneuropeísmo de Ortega en «El ideal europeísta de entreguerras», en *Historia universal del siglo XX*. Historia 16, tomo II.

De ahí que éste pretenda ser un serio y profundo estudio sobre la idea de Europa en el autor español, que arranca del binomio regeneración-europeización, puesto de manifiesto por sus más fieles investigadores como son Julián Marías, Gonzalo Fernández de la Mora, Xavier Zubiri y Paulino Garagorri, entre otros. Y no es un intento fácil, porque la reflexión europea de Ortega se encuentra dispersa, si exceptuamos el volumen *Europa y la idea de Nación* o *De Europa meditatio quaedam*, a lo largo de su extensa obra intelectual. Este fructífero viaje a través de la «circunstancia europea» de Ortega, alrededor de sus nuevas ideas, nos hará comprender la relativa presuntuosidad del título que encabeza, en majestuoso imperio, esta introducción, porque el mismo Ortega y Gasset se autodefinía como el «decano de la idea de Europa».

II. LA IDEA DE «REGENERACION Y EUROPEIZACION» EN LAS GENERACIONES DE COMBATE

La bandera regeneracionista de la «Generación del 98» fue recogida, como compromiso intelectual, por la generación de Ortega y Gasset. Este distinguió magistralmente las «épocas cumulativas», conservadoras, solidarias, entre lo viejo y lo nuevo, y las «épocas eliminatorias» o «generaciones de combate», innovadoras, sustitutivas, beligerantes, polémicas, jóvenes y constructivas (2). En este sentido, la Generación del 98 fue decididamente «eliminatoria», mientras que la de Ortega comparte al mismo tiempo elementos-cúmulos y elementos-sustitutos, respecto a la Restauración por un lado y en relación con la idea de continuidad reflexiva sobre el problema de España y Europa como gesto hacia la del 98 por otro.

Reconstitución y europeización de España es el título de un volumen estructurado por varios ensayos de Joaquín Costa (3), que lanzaban la idea de «regeneración», sostenida por la minoría intelectual del último decenio del siglo XIX. Esta élite ideológica trabajaba dentro de una innegable disciplina intelectual, de la que hay que destacar su «radicalismo teórico» opuesto a la frivolidad de la Restauración. Eran hombres de increíble sinceridad, honestidad y buena fe, para los que, invirtiendo los términos canovistas, «hay que volver a empezar». No era suficiente una Restauración, sino que hacía falta una regeneración efectivamente radical y cuasi-revolucionaria, realizada, eso sí, desde las raíces mismas de la sociedad.

(2) J. ORTEGA Y GASSET: *El tema de nuestro tiempo*, en *Obras completas*, tomo III, Alianza Editorial.

(3) Con este título y el subtítulo «Programa para un partido nacional» publicó en 1900 un libro el Directorio de la Liga Nacional de Productores.

Pero quizá lo más novedoso es el programa de europeización: la dolorosa conciencia de que España no forma parte de la comunidad de destino llamada Europa. Costa apuntala desesperadamente sus líneas maestras: «Contener el movimiento de retroceso y africanización que nos arrastra lejos de la órbita en que gira y se desenvuelve la civilización europea...» (4).

En el interior de esta dinámica regeneracionista, Ortega y Gasset va por el mundo con «España puesta», pero ello no le va a impedir luchar contra el «aldeanismo y provincianismo», manifestado en su afán de europeización, que le lleva incluso a enfrentarse con Menéndez Pelayo por sus tendencias «casticistas» e «intraespañolas». Cuando Ortega contrapone «Europa» a «el extranjero» quiere decir que aquélla no es algo extraño, ajeno, y que europeizarse no es «irse afuera», sino henchir, dilatar la propia «circunstancialidad de España» en Europa.

En cierta medida, Ortega es heredero «cumulativamente» de la preocupación por España sentida por la Generación del 98, que utiliza como instrumento la literatura contemplativa, en el esfuerzo por comprender estética y sentimentalmente la realidad en torno. Desde esta actitud se va a movilizar el europeísmo de Ortega: va a tener que ser europeo para poder ser un auténtico español.

Ortega teoriza entre la irracionalidad y la erudición: «Regeneración es inseparable de europeización... Regeneración es el deseo, europeización es el medio de satisfacerlo. Verdaderamente, España era el problema y Europa la solución (5). Pero Ortega echaba de menos una definición de Europa, afirmando al final que «la colaboración es la manera de vivir que caracteriza a los europeos».

La europeidad orteguiana es, por un lado, el método para «hacer España», despojándola de todo exotismo e imitación afro-oriental, y por otro, la tabla de salvación de lo extranjero y ajeno. La condición de España es Europa: Europa como capacidad creadora de cultura, como acumulación de esfuerzos que levantan un «nivel», un punto de vista, que España debe hacer suyo dejando de estar, no por debajo de otras naciones, sino por «debajo de sí misma» (6). Pero España no sólo recibe, también contrapresta. Europa se ha quedado pequeña y necesita de España, espacio libre donde agitar las sensibilidades del cuerpo y del espíritu.

Ortega, que definía a Costa como «el celtíbero cuya alma alcanza más vibraciones por segundo», consideraba al escritor aragonés como el hombre-fórmula adecuado para delinear el problema español en base a los conceptos de «regeneración» y «europeización». J. Costa representa la dualidad contradictoria del historicismo: hombre de ciencia y hombre instintivo, procedente de una etnia irreductible, historicista y neorromántico, estudió al pueblo español desde una perspectiva irracionalista y austera. El pensador Costa percibió la decadencia

(4) JOAQUÍN COSTA: *Los siete criterios de gobierno*, Madrid, 1954.

(5) Discurso de Ortega en Bilbao, 1910.

(6) JULIÁN MARIAS: *Ortega, circunstancias y vocación*, Madrid, Revista de Occidente, 1960.

española como consecuencia de la desviación de la espontaneidad de la etnia ibérica por una minoría reflexiva inadecuada. He aquí la idea romántica de la vuelta a la espontaneidad étnica con el objeto de reconstruir la unidad de las reacciones castizas, de «europeización», como retorno a lo más íntimo, a lo más nativo.

Aunque Ortega y Costa coinciden en lo esencial, su radiografía sociológica sobre España difiere en lo específico. Costa habla del «pseudopaís», que identifica con la clase dirigente, y del «verdadero país» o pueblo (coincidente con la idea del *Volksgeist*), mientras Ortega distingue una España oficial, o combinado enfermo de gobernantes y gobernados, frente a la España vital, que no acierta a entrar de lleno en la historia (7).

La actitud militante-europeísta de Ortega le hizo enfrentarse a Unamuno, el cual abandona su originaria posición eurófila y desemboca en la «desviación africanista» (8). Sin embargo, cuando Unamuno intenta renegar de su condición europea, huidiza, pero evidenciada, parece vacilar: en última instancia no se atreve estilísticamente a rechazar los conceptos de europeidad y modernidad. La generación europeísta encontró, pues, en la personalidad de Ortega y Gasset su principal mentor y su base reflexiva fundamental.

III. EUROPA Y LA IDEA DE NACION (9)

La idea de Nación en el pensamiento de Ortega tiene su punto de partida en la crítica constructiva de la «realidad nación», definida por Toynbee como una combinación de «tribalismo y democracia» (10). Porque, para el pensador español, la existencia de las naciones e incluso de la conciencia nacional es anterior a todo «democratismo». De ahí que Ortega no necesite retroceder a la idea de Tribu para aclarar la idea de Nación, sino que delinea someramente el perfil de ésta en contraste con la idea de Pueblo y la idea de Ciudad como formas intermedias entre la tribu y la nación. Entonces, ¿qué es una Nación para Ortega y Gasset? El sentido de Nación referido a los pueblos europeos tiene un significado de «unidad de convivencia» distinta a lo que entendemos por un «pueblo» o colectividad constituida por un repertorio de usos tradicionales que el azar o las vicisitudes de la historia ha creado.

(7) Esta terminología deriva de la división orteguiana de España en dos dimensiones contrapuestas: la España oficial y la España real.

(8) UNAMUNO: *Ensayo «Sobre la europeización»*, 1906.

(9) Bajo este título, PAULINO GARAGORRI ha recopilado varios trabajos de Ortega sobre Europa, cuyo tronco principal lo constituye *De Europa Mediatio Quaedam*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.

(10) A. TOYNBEE: *Estudio de la Historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.

Ortega y Gasset fundamenta toda su reflexión sobre la conocida sentencia de Renan según la cual «la existencia de una nación es un plebiscito cotidiano». Así, la sangre, la lengua, el pasado son condiciones esenciales para «ser un pueblo», y, al mismo tiempo, principios estáticos, porque una Nación no es algo «que se es», sino algo «que se hace», nación *in statu nascendi*, nación como realización de un futuro que se regocija en el placer de revivir el pasado. Nación como empresa y tradición.

En Europa, el proceso creador de las estructuras históricas como estados nacionales se ha desarrollado al ritmo dinámico en tres momentos. En primer lugar, el instinto europeo de fusionar en unidad de convivencia a grupos étnicamente próximos. En segundo lugar aparece el nacionalismo como exclusivismo cerrado frente a «otros» pueblos, pero lentamente esos pueblos enemigos van tomando conciencia de su pertenencia al mismo «círculo humano». Y en tercer lugar surge la nueva empresa, la unidad de pueblos ayer enemigos, hoy amigos, mañana hermanos. «He aquí madura la nueva idea nacional europea» (11).

Europa ha llegado a ser «nación» *sensu stricto* por la articulación intercombinada de los usos tradicionales inerciales en el europeo con una «forma de ser hombre», en el sentido más elevado, que aspiraba precisamente a «la manera más perfecta de ser hombre» como proyección sobre el porvenir. Y cada prototipo de hombre concebido en los distintos pueblos europeos representan «una forma peculiar de interpretar la unitaria cultura europea». «Ser francés» o «ser español» constituía una enérgica pretensión de representar mejor la figura-tipo de hombre y ello hizo que los pueblos de Europa «se mantuvieran en forma», incitándose convivencialmente hacia la perfección. Sin embargo, esta idea le lleva a Ortega a concebir la «Nación-Europa, ante todo, como un programa de vida hacia el futuro, porque la rica pluralidad nacional que constituye Europa, las «pequeñas naciones históricas constituidas», se quedaron sin porvenir, sin proyectos creativos, cayendo, por tanto, en una simplona actitud defensiva. Para Ortega, Europa iba a caer muy pronto en «envilecimiento», en desmoralización, porque la idea de Nación había agotado su contenido. La única solución para la salvación de los pueblos de Europa es la siguiente: «trascender esa vieja idea esclerosada poniéndose en camino hacia una *supra*-Nación, hacia una integración europea». Más adelante, Ortega vuelve a repetir machaconamente la misma idea de articulación de las naciones europeas en una unidad política *supra* o ultranacional «como forma más perfecta de vida colectiva». Las naciones europeas se han convertido en provincias continentales y corren el peligro de practicar un «nacionalismo hacia dentro», un *nationalisme rentré*, cuando lo acuciante es superar el freno de la idea de nación y ejercitar deportivamente un «nacionalismo hacia afuera», no universal, sí europeo-continental, que les lleve a «vivir, moverse, ser».

(11) J. ORTEGA Y GASSET: *La rebelión de las masas*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.

Llegados a este punto de la meditación sobre Europa, Ortega lanza la idea del principio de bidimensionalidad del conjunto europeo. Es decir, que, por un lado, cada nación europea se siente viva en la gran sociedad europea constituida por el gran sistema de usos europeos llamado «civilización» (12), y por otro, que cada una de ellas se comporta según el legado de usos particulares, esto es, diferenciales. Amigo de los ejemplos y comparaciones históricas, Ortega subraya la dosis de similitud entre la estructura social del hombre griego y la del hombre europeo, ya que la socialidad del individuo helénico también se forma por la confluencia de dos estratos: consciente de ser *polites*, ciudadano de la *polis*, como el europeo de su nación también, como un «flujo subterráneo», posee «conciencia de comunidad» con todos los griegos, como los europeos se sienten de alguna forma parte de Europa.

Pero el Estado nacional europeo que Ortega propone no está inspirado, como algunos pseudointelectuales interesados en deformar una ideología personalísima han pretendido, en principios de carácter biológico o geográfico, sino en la «voluntad política misma». Esto es, Nación-Europa como «unión hipostática del poder público y la colectividad por él regida». Si en la formación trágico-heroica de los pueblos europeos (insistimos, «pueblos» y no «naciones») fue decisivo el encuentro conciliador, a veces violento, de elementos como la sangre, la lengua, el territorio, éstos, sin embargo, dificultan el afán unificador del Estado nacional, por una inversión del proceso nacionalista. Nuestro «decano de la idea de Europa», gran conocedor de la Historia, desatiende a lo largo de su reflexión lo que a él le parece un peligroso reduccionismo étnico-lingüístico. Su obsesión por la unidad europea, por la superación de las fronteras nacionales como un obstáculo que la idea europea encontró en su proceso de consolidación, no le hace detenerse en esa mágica predeterminación espontánea de la historia como es la comunidad étnica, y su delirio europeísta hace que se centre en esa voluntad política definitiva de constitución europea, sin precisar, en cambio, cuál va a ser esa «nueva forma» de estructura jurídico-política.

No le hace falta a Ortega puntualizar esa nueva estructura porque, como conclusión innovadora, afirma que «una cierta forma de Estado europeo ha existido siempre», al poseer Europa en lo más íntimo de sus entrañas un «poder público europeo» y una «opinión pública europea» que constantemente han dejado sentir su presión vital sobre todos los pueblos. Así, la figura del Estado europeo como ultra-Nación sería puramente dinámica, difícil de definir o equiparar políticamente a cualquier otra figura que haya adoptado el Estado nacional. Y esa misma dinamicidad se denomina, según Ortega, «equilibrio europeo». La realidad Europea no es una «cosa», sino un equilibrio. «La unidad de Europa —escribe— no es una fantasía, sino que es la realidad misma, y la fantasía es precisamente lo otro:

(12) A Ortega y Gasset siempre le parecieron desafortunados algunos conceptos globalizantes como «civilización», «humanidad», «internacionalidad», etc.

la creencia de que Francia, Alemania, Italia o España son realidades sustantivas y, por tanto, completas e independientes.»

El pensador español afirma la posible, la probable unidad estatal de Europa, pero no se solidariza, ni siquiera verbalmente con los «Estados Unidos de Europa», con lo cual pone punto y final a cualquier intento de asimilar su «idea» con las corrientes paneuropeístas tan en boga en la Europa de entreguerras. Mas, por otra parte, «es sumamente improbable que una sociedad, una colectividad como la que ya forman los pueblos europeos, no ande cerca de crearse su artefacto estatal mediante el cual formalice el ejercicio del poder público europeo ya existente». Ortega no se deja arrastrar por un falso idealismo, sino por el realismo histórico que ve en la unidad de Europa «un hecho de muy vieja cotidianeidad». En definitiva, la imposición de un Estado general europeo tiene condición de necesidad y la ocasión para su constitución y término del proceso unificador puede venir del «peligro amarillo» o del «gran magma islámico» (13).

IV. LA EXISTENCIA DE UNA SOCIEDAD EUROPEA

Una sociedad es la convivencia de un grupo de hombres sometidos a la presión de un sistema de usos generalizado, que pueden ser usos intelectuales o «maneras tópicas de pensar», es decir, opiniones o «vigencias sociales» que actúan automáticamente sobre los individuos, que Ortega, en su afán de precisión lingüística, denomina «lugares comunes» entre las personas integrantes del cuerpo social que conforman su «idea» específica. Ortega quiere insinuar que los pueblos europeos son desde hace mucho tiempo una sociedad: hay costumbres europeas, usos europeos, opinión pública europea, derecho europeo, poder público europeo, fenómenos sociales, todos ellos que se dan proporcionalmente al grado de evolución en que se encuentran los miembros componentes de la sociedad europea, las naciones. Y la sociedad europea existe como tal con anterioridad a la existencia de las naciones europeas.

La historia de Europa, como veíamos en capítulos anteriores, es la historia de «la germinación, desarrollo y plenitud de las naciones occidentales», pero el hombre europeo ha vivido siempre, a la vez, en «dos espacios históricos», en dos sociedades. Una, menos tupida, pero más extensa, Europa, y otra, más espesa, aunque más reducida, el área territorial de una etnia o una nación. Lo de menos es el espacio histórico común, espacio físico llamado Europa, que es el medio donde tiene lugar la «comunicación doméstica»; lo verdaderamente importante

(13) Hay que pensar que Ortega escribía esto en 1937 en su *Prólogo para franceses*. Suponemos que hoy hubiese designado dos peligros bien distintos como son el americanismo y el eslavismo.

es el radio de efectiva y prolongada convivencia, sin confundir, como hace el pensamiento jurídico «moderno», sociedad con asociación, porque la sociedad europea es preexistente a todo acuerdo de voluntades. Y es que para estos pueblos europeos, vivir ha sido siempre actuar en «un espacio y ámbito común: vivir era convivir con los demás», y ello se plasmaba tanto en una convivencia pacífica como combativa, teniendo en cuenta que las guerras intereuropeas mostraban el estilo de «rencillas domésticas» que, como es bien sabido, evitaban la aniquilación del enemigo.

En definitiva, además de las sociedades nacionales —Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, España— existe otra sociedad en la que ésta se sumergen: la Sociedad europea; pero es un error pensar que ésta consista en la convivencia de las naciones, error de la sociología representada por la Sociedad de Naciones o la ONU, ya que sólo las personas conviven. La convivencia europea es anterior a las naciones precisamente porque la sociedad europea consiste en la convivencia de los individuos en el Viejo Continente. Ortega afirma que «si extirpamos a cualquiera de esas naciones los ingredientes específicamente europeos que los integran, les habremos quitado las dos terceras partes de sus vísceras» (14).

Cada nación europea levanta su peculiar estilo sobre «un nivel básico de convivencia» que es la realidad europea. Si se intentase, según Ortega, una verdadera historia de Europa como conjunto, resultaría patente que ésta no ha consistido sólo en la lucha de unos pueblos contra otros, sino que también ha existido una tensión entre una o varias o todas las naciones europeas y Europa en cuanto «unidad diferenciada y envolvente». Así, unas veces es la pluralidad de naciones quien predomina sobre su unidad; otras, es dicha unidad europea quien somete a cierta homogeneidad las figuras divergentes de aquéllas. Este destino, que iba formando el genio peculiar al mismo tiempo que surgía un repertorio común de ideas, las hacía, paradójicamente, homogéneas y diversas de manera progresiva. Entre los pueblos europeos, la homogeneidad no es ajena a la diversidad. Al contrario —para Ortega—, «cada nuevo principio uniforme fertiliza la diversificación», y el despertar de una conciencia diferencial rechazaba las constituciones idénticas y las empujaba hacia su vocación particular. Pensar que Europa es una figura utópica de realización futura es un equívoco, porque Europa existe como sociedad. Lo que sí será preciso es dar a esa realidad una nueva forma.

V. ¿HAY UNA CONCIENCIA CULTURAL EUROPEA?

Ortega y Gasset no confunde el problema de la unidad de Europa con el de la conciencia de la cultura europea, pues ambas sólo tienen una dimensión común.

(14) J. ORTEGA Y GASSET: *Obras completas*, tomo IX: *Artículos*, Madrid, Alianza Editorial.

Siempre ha existido una conciencia cultural europea y, sin embargo, no ha existido nunca una unidad europea: «Europa como cultura no es lo mismo que Europa como Estado.» Además, para que no pudiésemos hablar de una cultura europea sería preciso que hubiese otra cultura completa, propia de algún pueblo europeo integrante, y de ello no hay el menor indicio. Nada más representativo y esclarecedor de esta cultura unitaria como el brote, durante el siglo xvii, de las literaturas nacionales, conscientes de ser específicamente nacionales, porque «esta dispersión relativa de la cultura superior europea» surgió, precisamente como «efecto de un movimiento formalmente unitario y común europeo».

(La tesis orteguiana puede resumirse en tres apartados. A saber: primero, la convivencia de los pueblos europeos; segundo, la convivencia engendra de inmediato una sociedad o sistema de usos, y tercero, esos usos generalmente europeos indican la presencia de una opinión pública europea, la cual crea, indefectiblemente, un poder público con carácter impositivo, de tal forma que todos sus elementos se implican obedeciendo a una extraña transitividad, cuya razón de ser radica precisamente en la existencia de una cultura europea.)

El sentido del *nationalisme rentré*, antes citado, que arrastra a los pueblos europeos a combartirse entre sí, y les empuja, al mismo tiempo, a admirarse en paradójica hermandad conflictiva, bastaría —según Ortega— «para deprimir transitoriamente la conciencia común de una cultura europea», pero tal fenómeno es aparentemente extraño y su origen es enérgico, porque los pueblos europeos viven en un estado exaltado de vital particularismo. Esto explicaría, en cierta medida, la ausencia de un gran poder de atracción respecto a la cultura común europea, que incitase a las naciones a salir de sí mismas. Antes al contrario, las naciones europeas, derrotadas, fatigadas, descansan en sus peculiares tradiciones. Perdida su vitalidad, buscan la comodidad en lo habitual. Y ello hace que las naciones europeas se sientan «distintas y distantes». Ortega reconoce aquí que todo esto es una «impresión», y, como tal, no se puede demostrar, pero ruega, antes de rechazarla, una meditación profunda a sus contemporáneos. Ahora bien, la aguda crisis por la que atraviesa la cultura europea debe actuar como electrizante revulsivo sobre nuestros pueblos. Si éstos perciben su inseguridad, su problemática situación, «no cabe prueba más rigurosa y enérgica de que existe una conciencia cultural europea». Y es que su fuerza reside en su disposición «a ir más allá de sí misma», eternamente en camino, huyendo de toda cristalización. Ortega no quiere caer en el error de definir la cultura europea por determinados contenidos y sentencia: «La cultura europea es creación perpetua. No es una posada, sino un camino que obliga siempre a marchar» (15).

(15) Conferencia de Ortega en Munich en 1953 con el título «Gibt es ein europäische Kulturbewusstsein?».

VII. LA CAPACIDAD DE MANDO CIVILIZADORA:
EL «IMPERIUM» ESPIRITUAL DE EUROPA

Durante un largo período de tres siglos, los pueblos europeos como grupo homogéneo habían ejercido un estilo de vida unitario sobre la mayor parte del mundo, conocido como «la época de la hegemonía europea». Pero después de la Primera Guerra Mundial (Ortega escribe su reflexión en *La rebelión de las masas* en la década de los veinte) se empieza a sentir que «Europa ya no manda en el mundo», lo cual implica un «desplazamiento de poder» (16) que, para Ortega, es incierto y sumamente improbable. El relevo es difícil. ¿Quién llenará con legítima autoridad ese *horror vacui* dejado por Europa en el mando espiritual del mundo?

Un inciso. Por «mando» no entiende Ortega el ejercicio del poder material, el de la coacción física cuya única legitimidad reside en la fuerza, sino «el ejercicio normal de la autoridad fundamentado y nutrido en la existencia de una opinión pública, concebida ésta como «ley de gravitación histórica», lo cual, por otro lado, implica también que «se puede mandar contra la opinión pública». Todo ello le lleva a Ortega a afirmar que «'mando' significa prepotencia de una opinión», es decir, de un «espíritu». Encontramos aquí una de las teorías más jugosas del pensador español, la del «poder espiritual» (17) de carácter científico, como una especie de *imperium* genérico y reforzado, que emana de un tronco en equilibrio sobre un mundo ramificado en desorden estático para darle forma, estilo, unidad y un destino. Porque sin el ejercicio *de facto et de iure* de ese poder espiritual, de esas superiores opiniones, la humanidad representaría «la nada histórica», el caos, al desaparecer de la vida los principios de jerarquía y organicidad.

Planteado definitivamente el problema de desplazamiento de poder como un cambio de gravitación histórica, éste supone a su vez un cambio de opiniones, del estado de opinión vigente en Europa. Pero —aclara Ortega— no es que «Europa haya dejado de mandar», sino que se pregunta, se autocuestiona dubitativamente su capacidad de mando civilizadora, lo cual podría hacernos pensar en el tema spengleriano de la decadencia de Europa, que Ortega rechaza por convicción y por creer que tal preocupación se había propagado sospechosamente como una realidad inconclusa. Ya que cuando se intenta definir la decadencia europea sólo se hace referencia a las dificultades económicas por las que atraviesan las naciones europeas, pero dicha situación no afecta para nada «al poder de creación de riqueza» del Viejo Continente, que se ha visto sumergido en crisis bastante más graves, resurgiendo al final, reforzado y revitalizado.

(16) J. ORTEGA Y GASSET: *La rebelión de las masas*.

(17) *Ibidem*.

La situación mundial es caótica. Los mandamientos europeos, sin ser los mejores posiblemente, aunque sí definitivos, mientras no existan otros, han perdido su vigencia, pero nadie es capaz de sustituirlos por un nuevo «programa de vida» que module la organización del mundo. Ortega cede en su orgullo de europeo cuando escribe: «Nada importaría el cese del mando europeo si existiera otro grupo de pueblos capaz de sustituirlo en el poder y dirección del planeta.» Incluso acepta, en principio, que nadie mande, pero ello traería consigo la desaparición de las virtudes y dotes del hombre europeo. En definitiva, no se sabe quién va a mandar, cómo se va a articular el poder sobre la tierra, «qué grupo étnico, qué ideología, qué sistema de normas, de resortes vitales...». Nuevas incógnitas se abren hacia el futuro.

Porque ni los Estados Unidos de América ni la esclava Comunidad de Estados Independientes constituyen entidades novedosas respecto a Europa. Son colonias culturales o «parcelas del mandamiento europeo» que responden al «fenómeno de camuflaje histórico» propio de los «pueblos nuevos»: América es «un pueblo primitivo camuflado por los últimos inventos» (18); Rusia, un pueblo «en fermento» camuflado por un neomarxismo contradictorio y ficticio. Y es que los pueblos jóvenes no tienen ideas: al disociarse de la vieja cultura que los vio nacer, pierden su sentido.

Por un lado, América, el «paraíso de las masas», parece haber contagiado a Europa la subida de nivel de la existencia integral del hombre mediocre: «Europa se está americanizado», por tanto. Ortega piensa, sin embargo, que la influencia americana se inicia en el momento de escribir sus páginas sobre la rebelión de las masas, es decir, en la década de los «felices años veinte», porque el triunfo de las masas en Europa ha derivado de «dos siglos de educación progresista de las muchedumbres», por cuestiones internas. Y al coincidir el *status* moral del hombre medio europeo con la del americano, se produce un acercamiento homogeneizador, una «nivelación», no influjo ni siquiera reflujo, extraño a la vitalidad europea. América es la «concepción practicista y técnica de la vida», pero la técnica es un invento europeo. América es joven y fuerte, pero su crecimiento se ha hecho con el rebose excedente de Europa. América no posee la capacidad de mando porque no tiene historia ni sufrimientos colectivos.

Por otro lado, Rusia, pueblo «juvenil», se compone de un estrato étnico sustancial y temporalmente distinto al europeo, y lleva en sus entrañas la contradicción del marxismo triunfante en un pueblo rural. Sin embargo, Ortega clarifica la cuestión controvertida diciendo que «no hay tal contradicción porque no hay tal triunfo. Rusia es marxista aproximadamente como eran romanos los tudescos del Sacro Imperio Romano». Rusia fingió ser marxista para cubrir su carencia de

(18) Esta afirmación la sostiene ORTEGA en el ensayo «Hegel y América», plasmándola también en *La rebelión de las masas*.

principios históricos, de mandamientos. El marxismo es un pretexto, no una razón. Y un pueblo joven, sin razones de vida auténtica, no puede optar al mando espiritual porque carece de «moral», y si la tiene, ésta es extravagante (19). Pero, a pesar de que el comunismo es «inasimilable» para los europeos, la única fórmula eficaz es enfrentarse al «plan de los cinco años», potente y vigoroso por lo que tiene de ruso, no por lo que tiene de comunista.

Pero si Ortega vislumbra la existencia de los dos anteriores «pueblos jóvenes», también examina el fenómeno de los «pueblo masa, resueltos a rebelarse contra los grandes pueblos creadores, minorías de estirpes humanas que han organizado la historia». Los pueblos anteriormente sometidos al régimen del colonialismo aspiran, una vez alcanzada la libertad y concluida su independencia (*sic*), a igualarse a sus antiguos amos, pero sin tratar de superar aquella vieja cultura europea, o de sustituirla por sus raíces autóctonas, sino destruyendo sus últimos vestigios, lanzándose en los brazos de los vigorosos pueblos jóvenes y reclamando para sí la nueva marcha de la historia (20).

Aquella amplísima y potente sociedad europea que estaba constituida por un orden básico de ciertas «instancias» últimas, el «credo intelectual y moral de Europa», actuaba en el profundo seno de eso que se ha llamado Occidente, irradiando durante varias generaciones sobre el resto del planeta el orden de que era capaz. ¿Por qué ha desaparecido, pues, el sistema tradicional de «vigencias colectivas»? Porque la sociedad es convivencia bajo «instancias» y en la fecha presente faltan precisamente dichas instancias «en una proporción sin ejemplo en la historia europea». Esta es la verdadera enfermedad de Europa, no simple decadencia, enfermedad grave, pero no incurable (21). La realidad política es que una parte de Europa se esfuerza por hacer triunfar unos «nuevos principios», mientras la otra intenta conservar los tradicionales, lo cual es prueba evidente de que todos esos valores han dejado de pertenecer a la categoría suprema de las «instancias» porque una «vigencia colectiva» no necesita ser impuesta o sostenida por determinados grupúsculos sociales, sino, al contrario, todo grupo concreto busca su fuerza y su vitalidad reivindicando esas vigencias. Por eso Europa se halla en estado de guerra —Ortega decía esto en 1937—, en un estado de guerra radical sin precedentes pretéritos, y su origen se encuentra no sólo en la guerra

(19) Aunque en varias ocasiones Ortega habla de moralidad, inmoralidad, amoralidad, lo hace siempre en relación con su tipo de hombre-masa, al que despoja de toda ética, entendida ésta «como sentimiento de sumisión a algo, conciencia de servicio y obligación». Sin embargo, en otro lugar, al escribir que el «comunismo es una moral extravagante», añade seguidamente con su peculiar cinismo estilizado —«algo así como una moral»—. De cualquier forma, Ortega prefiere siempre hablar de principios y no de moral.

(20) JESÚS J. SEBASTIÁN: «Esclavos y señores», en *Heraldo de Aragón*.

(21) Ortega y Gasset rechaza el tratamiento de esta enfermedad mediante la Sociedad de Naciones, actualmente ONU, a las que denomina «instituciones antihistóricas».

virtual entre los pueblos, sino en el enfrentamiento interior de cada pueblo europeo. Ahora se explica cómo la «cohesión interna de cada nación se nutría en buena parte de las vigencias colectivas europeas» (22). Esta debilitación de la comunidad entre los pueblos europeos se traduce en un «distanciamiento moral» que entraña el peligroso factor, confrontación bélica por medio, de la pérdida del mando civilizador.

La situación mundial cae entonces en una «escandalosa provisionalidad» que Ortega califica de «interregno, de un vacío entre dos organizaciones del mando histórico: la que fue, la que va a ser». Si Europa, en el transcurso de este período de transición, se desmoraliza perdiendo toda su «energía histórica», sus virtudes y capacidades superiores, su hombre, el europeo, se acostumbrará a no mandar, y ello supondría una catástrofe multidimensional, no sólo limitada al *lebensraum* europeo. «Si el europeo se habitúa a no mandar en él, escribe Ortega, bastarán generación y media para que el Viejo Continente, y tras él el mundo todo, caiga en la inercia moral, en la esterilidad intelectual y en la barbarie omnimoda. Sólo la ilusión del imperio y la disciplina de responsabilidad que ello inspira pueden mantener en tensión sus almas.» Sólo la construcción de una gran nación continental puede hacer vibrar de nuevo la «pulsación de Europa».

VII. EUROPA: EQUILIBRIO Y PLURALIDAD

Cuando hablábamos en otro capítulo de la existencia de una sociedad europea veíamos cómo Ortega perfilaba la idea del «destino de Europa», en base a la combinación de un «genio peculiar» y un «repertorio común de ideas» que modelaba las naciones europeas, haciéndolas, extrañamente, homogéneas y diversas, porque en el Viejo Continente la homogeneidad no es ajena a la diversidad, porque —como escribe Ortega— cada principio nuevo unitario fomentaba la diversidad. Y en otro apartado, Ortega identificaba el gobierno auténtico de Europa con una especie de «equilibrio dinámico», desentrañando el misterio de esta fórmula cuasi-mecánica: «El equilibrio o balanza de poderes es una realidad que consiste esencialmente en la existencia de una pluralidad.» La suprema condición de aquel equilibrio dinámico que envuelve el concepto unitario de Europa radica exclusivamente en la realidad plural de su contenido, a la que Ortega denomina «buena homogeneidad». Libertad y pluralismo son, para el pensador español, los elementos constitutivos y recíprocos de la especificidad europea. Pero Ortega se abstiene de caer en un vulgar e infructuoso simplismo, porque la pluralidad europea vista desde su exclusiva perspectiva solitaria no es esperanza-

(22) Artículo de Ortega en la revista londinense *The Nineteenth Century an After*, titulado «Concerning pacifism», julio de 1938.

dora: el punto de partida es, por supuesto, la existencia de una sociedad europea anterior a las naciones y alimentada constantemente por esa riqueza plural (23).

El mayor peligro, que atenta mortalmente contra esa pluralidad es el triste florecimiento, en todo el Continente, del «hombre-masa», ese hombre primitivo, insatisfecho, nivelador, que no puede entender cómo la existencia de una pluralidad puede dar lugar a una bien lograda unidad. El hombre-masa, el hombre-esclavo de las sociedades modernas, pugna no ya por su liberación, sino por la igualación a todos los niveles, en un intento desesperado por rebajar jerárquicamente a todos los que, por encima de él, se sitúan en una escala de valores, atrayéndolos a su estrato inferior, es decir, sirviendo inconscientemente de peón a la peor homogeneización latente, la de Europa, que siempre, en cada época, ha proclamado su «derecho a la diferencia». Ortega previene a sus posibles discípulos europeístas con una llamada a la conservación de la pluralidad frente al deseo-masa de hacerla desaparecer. Mientras los antiguos Estados se encaminan a la aniquilación de lo diferencial, como erróneo fundamento de su fuerza coactiva, la idea de construcción de una super-Nación europea exige como condición permanente y activa una reivindicación a ultranza de todo lo plural. Sin la idea-pluralidad, la idea-Europa no es posible.

VIII. UNA BIOLOGIA HISTORICA DE EUROPA.

LA FORMACION VERTICAL DE LA EUROPA DE LOS TRES ELEMENTOS

Ortega y Gasset, observador implacable y orgánico, no se limita a un análisis de Europa puramente filosófico y ensayístico. Su carácter de estudioso interdisciplinar se plasma también en diversas disertaciones biohistóricas sobre la formación del alma europea desde una perspectiva étnico-elemental. Preocupado por la pérdida de vitalidad de su país, España, interpreta su «invertebración» comparativamente, retrocediendo a la caída del Imperio romano. En ese momento, España es un organismo social, un «animal histórico» que pertenece a una «especie» determinada, a un tipo de sociedades o naciones germinadas en el centro y occidente de Europa. Esto quiere decir que España posee «una estructura específica» idéntica a la de Francia, Inglaterra o Italia.

Así, las cuatro naciones representativas antes citadas se forman por la conjunción de tres elementos que son comunes, pero no iguales cualitativamente. Estos elementos son: la raza o grupo racial relativamente autóctono, el sedimento civilizatorio romano y la inmigración germánica (24). A simple vista, podría parecer

(23) Véase capítulo «La existencia de una sociedad europea».

(24) En España se podría hablar de un cuarto elemento: la aportación árabe, pero ésta es ridícula. C. Sánchez-Albormoz, experto historiador, admite un número de inmigrantes árabes y

que la diferencia sustancial entre los grandes pueblos-Nación de Europa se encuentra en la base autóctona, porque el elemento romano es un factor neutro o idéntico en la constitución étnica de éstos. De esta forma, Francia se diferenciaría de España en la misma medida que los galos se diferenciaban de los iberos. Pero ello, para Ortega es un error de interpretación. Sin negar la especificidad diferencial entre las razas primitivas, origen del desarrollo de esos pueblos, Ortega no reconoce, sin embargo, que su importancia sea la decisiva. La razón es simple. Las inmigraciones germánicas tienen un carácter superposicional respecto a las poblaciones indígenas, es decir, que «los germanos conquistadores no se funden con los autóctonos vencidos en un mismo plano, horizontalmente, sino verticalmente» (25). Los tres elementos se afectan mutuamente en un sinfín de flujos y reflujos civilizadores, pero es el último elemento, el germano, el que impone su estilo social de vida a los demás: constituyen «el poder plasmante y organizador»; son la «forma» y los autóctonos la «materia»; constituyen, pues, el elemento decisivo.

La construcción de una biología histórica de Europa se fundamenta en ese «carácter vertical de las estructuras nacionales europeas», cuyo proceso de formación mantiene constante y progresivamente una articulación étnico-social en dos estratos o niveles superpuestos. Así, por ejemplo, la diferencia entre Francia y España reside para Ortega en la calidad específica de francos y visigodos, ya que en una «escala de vitalidad histórica», aquéllos se situarían en la cúspide, mientras que éstos quedarían rezagados en la base, entendiendo por vitalidad «el poder de creación orgánica en que la vida consiste». Sin embargo, aunque Ortega parece despreciar la vitalidad visigótica, no duda en afirmar categóricamente que España perdió su estructuración auténtica al ser destruido el reino visigodo por la invasión musulmana. Una prueba más de lo que se ha llamado el «irracionalismo germanizante» de Ortega, que luego desentrañaremos cuando hablemos de su idea de complementariedad entre lo latino y lo germánico.

El carácter decisivo del elemento germano le lleva a Ortega a enfrentarlo al elemento romano en un campo de batalla concreto: su teoría personalista de los derechos. Así, la idea romana, que es también la moderna, según la cual el hombre al nacer tiene, en principio, la plenitud de los derechos, se contrapone al espíritu germánico que no fue, como suele decirse, individualista, sino personalista. De esta forma, los derechos «superiores» son inherentes a la calidad personal,

bereberes no superior a 40.000 almas, por lo que serían rápidamente fagocitados por la masa celtíbero-romana-visigótica, conglomerado étnico peninsular que, según recientes cálculos, supondría una población de ocho millones de habitantes. El mito de una España semítica queda así dinamitado y volatilizado.

(25) J. ORTEGA Y GASSET: *España invertebrada*, en *Obras completas*, tomo III, Madrid, Alianza Editorial.

pero deben ser conquistados primero y constantemente defendidos después (por ejemplo, el concepto de «pureza» en los germanos o «arreglo de hombre a hombre» para evitar el procedimiento impersonal de los tribunales). Es decir, el derecho sólo existe como atributo de la persona viva y se tienen más o menos según las potencias de esta «prejurídica personalidad». No es persona por el mero hecho de poseer derechos que el Estado concede, garantiza o limita. Esta concepción y acción personalista de los «señores germanos» fue la cimentación sobre la que fueron construyéndose las nacionalidades europeas. Pero si el elemento germánico fue decisivo, no lo era menos el latino en la formación de Europa. Uno y otro aportarían caracteres peculiares y complementarios al servicio de una Idea-Nación.

IX. LA IDEA DE COMPLEMENTARIEDAD ENTRE LO GERMANICO Y LO LATINO

Entonces, ¿qué es el «germanismo» orteguiano? ¿Influyó desproporcionadamente en su valoración de la realidad total europea? Su pendulación entre el germanismo y la latinidad hizo que Ortega se opusiera a la división de Menéndez Pelayo entre las «nieblas germánicas» y «la claridad latina». Por ello se ha dicho en algunas ocasiones que ésta era una «interpretación racista de la cultura y de la historia, como una arbitraria exaltación de lo alemán frente a lo latino» (26). Pero Ortega rechaza la dualidad de «profundidad-superficie» (27), correspondientes, respectivamente, al binomio cultura germánica-cultura latina, dimensiones inseparables de una «cultura europea integral».

Por otra parte, para Ortega, la cultura latina de superficie (superficie como complemento esencial de la profundidad) sólo es reciclable para Grecia, pues Roma era sólo un «pueblo mediterráneo». De ahí que sea más preciso hablar de una distinción entre la cultura germánica y la cultura mediterránea, integrada esta última, en la Antigüedad, como un todo homogéneo entre el sur de Europa y el norte de África: «La unificación del mar funda la identidad de las costas- fronteras», y, por tanto, la escisión de dos riberas «es un error de perspectiva histórica». Inspirado en algunas ideas que Spengler expone en *La decadencia de Occidente*, Ortega replica a sus contemporáneos historiadores, que, absorbidos por los enormes centros de atracción conceptual, no advirtieron que ni Europa ni África existían cuando la cultura mediterránea era una realidad (28).

(26) JULIÁN MARÍAS: *Ortega, circunstancia y vocación*.

(27) J. ORTEGA Y GASSET: *Meditaciones del Quijote*, en *Obras completas*, tomo I, Madrid, Alianza Editorial.

(28) J. ORTEGA Y GASSET: «Del Imperio romano» y «Una interpretación de la Historia universal», en *La Nación*.

Europa comienza a formarse como entidad diferenciada cuando los germanos entran plenamente en el «organismo unitario del mundo histórico». Y Africa nace entonces en un parto de contradicción, como la no-Europa. Así, el germanismo sería la asimilación del latinismo por los germanos a lo largo de la Edad Media. Y Europa sería el Mediterráneo más la germanización. Cuando se opone lo germánico a lo latino no se opone Alemania a Francia, sino «Europa a lo puro mediterráneo». En 1911 Ortega había escrito: «Aquellos germanos cayeron sobre los imperios mediterráneos, y haciendo que su sangre corriera por las venas grecolatinas, perviven en nosotros los españoles, franceses e italianos» (29). La mala prensa calificó esta reflexión de racista. Pero Ortega no coincidía con el conde de Gobineau en su teoría sobre la desigualdad de las razas, o mejor, se oponía a concebir la historia como una mera «tragedia filosófica». Sin embargo, reconoce en otro sitio que esta teoría tiene «grandeza y hondura» porque la «explicación de nuestra decadencia exige motivos tan radicales por lo menos como los expuestos por Gobineau». El posicionamiento irracionalista-germanizante de Ortega está exento de cualquier beatería, de cualquier aceptación no crítica.

Hasta aquí el mal llamado germanismo de Ortega. A partir de aquí, su idea de complementariedad entre el elemento germánico y el latino. En 1910, al final de su larga estancia en Alemania, Ortega apuesta fuerte por el modo de ser del sur: Grecia, Italia, Francia y España sólo admiten entre sus palabras la belleza que incita a la actividad armónica. Porque hay un «modo mediterráneo, una forma peculiar de cultura en el sur de Europa». Ahora bien, «la cultura europea es una: el griego y el escita, el francés y el prusiano trabajan ciertamente en una obra común». Puntualizando esa idea de complementariedad, Ortega traza una hipótesis fundamentada en los dos polos extremos del hombre europeo. Estos son: el *pathos* materialista o del sur y el *pathos* trascendente o del norte, como partes integrantes de un Todo, de la «patética continental» europea.

X. EL CASO DE ALEMANIA. HEROISMO Y TRAGEDIA

Ortega no se cansaba de repetir que era en Berlín precisamente donde se debía hablar de Europa. Por eso trató de forma especial el problema de la nación alemana en el interior de la sociedad europea. La idea de encajar la nacionalidad alemana en el bloque real histórico de Europa no se basa en presupuestos «impolítico-universalistas» o «cosmopolitistas», sino en el sentido realista, tanto político como histórico de una «colectividad política ultranacional», pues ninguna nación europea se ha desarrollado prescindiendo de «un fondo ultra o supranacio-

(29) J. ORTEGA Y GASSET: *Alemán, latín y griego*.

nal» como es la realidad total europea. Es decir, que existen comunidades supranacionales sobre las que construir políticamente e incluso fundar la vida de una nación.

Abogando por una revisión de la historia sobre la idea de nacionalidad en Alemania, Ortega presupone, contra la opinión general y extendida, que Alemania ha sido «el país más mesuradamente nacionalista que ha habido en Europa». Así, por ejemplo, el canciller de hierro Bismarck, a pesar de sus instintos expansionistas, mantuvo viva la conciencia europea, el sentido de responsabilidad histórica, de «deberes para con la ultra-Nación que era y es Europa». Por otra parte, Fichte, «el primero en sentir con pasión la nación alemana», tal y como lo califica Ortega y Gasset, piensa que lo característico del pueblo alemán es ser «el pueblo de la humanidad», o sea humanismo que sólo tiene a la vista la colectividad de pueblos europeos y que, por tanto, debe llamarse europeísmo. El verdadero realismo político del espíritu nacional en Alemania es contar, ni más ni menos, con la presencia de Europa. Los hechos históricos que han agravado el sufrimiento de los europeos, con angustias, dolores, derrumbamientos y penalidades, han oscurecido la lucidez intelectual respecto a la idea nacional alemana en el interior del espacio-sociedad-civilización que es Europa.

Pero tal vez sea el espíritu heroico-trágico del pueblo alemán lo que en mayor medida admira Ortega y Gasset. Una Alemania en ruinas, esquelética, se libera del efecto traumático que supone una terrible catástrofe mediante dos cualidades innatas: la «ilimitada capacidad de enérgica reacción residen en el pueblo alemán» (porque es el pueblo más joven de Europa) y la «aceptación tranquila, digna y elegante de la derrota», como algo normal en la historia. Y ello es beneficioso para Europa. Porque, paralelamente a la penuria económica y al confusiónismo político, Europa empieza a emerger de la catástrofe y, lo que es más importante, gracias a la catástrofe. «Toda civilización ha nacido o ha renacido como un movimiento natatorio de salvación», escribe Ortega. El que nuestra civilización se haya vuelto problemática, dolorosa, significa que, bajo las ruinas históricas de la catástrofe, de una forma de civilización está germinando y «una nueva figura humana existencial, se halla en trance de nacimiento».

XI. EUROPA «VERSUS» INTERNACIONALISMO

Cuando Ortega desmenuza la idea de Nación haciendo hincapié en las estructuras *supra* o ultranacionales, contrapone éstas a toda especie de internacionalidad, de acuerdo con un principio básico, según el cual «las naciones existen», contrariamente a lo que opina todo internacionalismo, al que Ortega objetiviza de «viejo y barato». Demostrada la realidad de la existencia de las naciones, el internacionalismo se obstina en desconocer y olvidar este detalle. Pero ello queda

expresado formidablemente en la doctrina orgánica orteguiana: Europa como ultra-Nación se opone a Europa como inter-Nación. La idea europea es «de signo inverso a aquel abstruso internacionalismo». Fue precisamente la ideología internacionalista la que impidió ver con claridad que la unidad de Europa, unidad como «integración» de las naciones y no como «laminación», explosionaría al final de una época histórica en la que los nacionalismos se hubiesen ensayado de forma extrema. Y eso es precisamente lo que ha ocurrido en el seno de una sociedad europea, desocializada y falta de una «fe común», de una fe europea. Pero tampoco es probable, por la misma razón, que Europa desaparezca o que sea relevada por otra entidad histórica inarticulada. El proceso restablecedor que salvará a Europa tiene dos vectores que conforman un «equilibrio puramente mecánico y provisional», esto es, de transición o reposo, como son el liberalismo y el totalitarismo. «El totalitarismo salvará al liberalismo, depurándolo, y gracias a ello veremos pronto a un nuevo liberalismo templar los regímenes autoritarios.» Esta etapa de interregno ideológico es, según Ortega, «imprescindible para que vuelva a brotar, en el fondo del bosque que tienen las almas, el hontanar de una nueva fe» (30). El pensador español estructuró aquí una errónea profecía de provisionalidad respecto a la tensión liberalismo-totalitarismo, ya que la depuración a la que alude ha perpetuado un híbrido entre el neoliberalismo americano y el totalitarismo ex-soviético, los cuales, paradójicamente, conviven en perfecta armonía internacionalista.

XII. UNA ECONOMÍA UNITARIA PARA EUROPA

El predominio entre las naciones europeas, de lo diferencial sobre lo unitario, había adquirido en la primera mitad del siglo XX aspectos totalmente novedosos al coincidir con «necesidades históricas» que obligan a los europeos «a dar a su básica unidad tradicional formas más precisas y expresas, a saber, formas jurídicas de unidad» (31). Ortega y Gasset reconoce que son dos los objetivos europeos que deben constituirse en figuras jurídicas. En primer lugar, la estructura de la economía actual hace necesaria la adopción de acuerdos formalmente constituidos que limiten la «soberanía» de cada nación, subordinándola a un poder supranacional. Y en segundo lugar, los peligros comunes frente al exterior obligan a la creación de una defensa unitaria europea, también con carácter formal.

Ya en *La rebelión de las masas* Ortega había anunciado que el desprestigiado régimen democrático-parlamentario no podía hacer frente a los nuevos problemas. Y uno de los más acuciantes era precisamente que la economía de cada pue-

(30) J. ORTEGA Y GASSET: *En cuanto al pacifismo*, 1938.

(31) J. ORTEGA Y GASSET: *Europa y la idea de nación*.

blo empezaba a depender totalmente de un sinfín de condiciones que trascendían las fronteras nacionales. Por eso eran cada vez más numerosos los que postulaban la creación de instituciones supernacionales gigantescas para atender las demandas de la producción. A Ortega le parecía factible la idea de una economía europea. Pero no creía posible que esa «idea» se convirtiera de inmediato en una «vigencia» o «instancia» europea de carácter automático. De cualquier modo, su consecución debía ser obra de grupos particulares, y mientras tanto, los Estados nacionales, incapaces de dar soluciones a sus problemas económicos, se limitarían al intervencionismo violento e insalubre con «pseudo-soluciones de carácter efímero». De ahí que Ortega confíe en que «la idea de Europa y especialmente la de una economía europea unitariamente organizada, sea la única figura que hallamos en nuestro horizonte capaz de convertirse en dinámico ideal» (32). Es la única fórmula capaz de neutralizar aquella «desmoralización» de Europa, de acabar con la exigua mentalidad provinciana de los Estados nacionales. Porque la exoneración de los Estados en materia de responsabilidad económica traería consigo un «descenso de rango» en la consideración del Estado-Nación, ajustándose en su efectividad y prestigio y favoreciendo la apertura hacia una gran Europa.

Pero, ¿es posible unificar las economías nacionales europeas, reducirlas a un «común denominador»? Cada nación ha construido su sistema económico peculiar en base a su formación histórica, a sus recursos, a su situación geográfica, en función de la forma de sociedad característica de cada pueblo. La tarea es compleja, pero ineludible, porque «no hay solución de recambio». Los milagros económicos que han reconstruido las economías europeas después de la Segunda Guerra Mundial, aun dignas de alabanza y admiración, no son más que hechos anormales, fruto de esfuerzos heroicos, pero es preciso volverse hacia grandes soluciones modificando las estructuras económicas de la sociedad en sus mismas bases, en profundidad. La única solución consiste en que «la estructura básicamente nacional sea sustituida por una estructura básicamente europea», que, fundamentada en el triste hecho actual que hace de la producción el primer término de la vida colectiva, trueque las economías nacionales «a la defensiva» por una economía europea agresiva, al ataque.

El método seleccionado para la transformación es fundamental en este proceso. Todo intento de unificación por ramas de producción, que se lleve a cabo «desde arriba» está frustrado de antemano. A juicio de Ortega, es «desde abajo» desde donde se debe empezar el trabajo, es decir, desde las «empresas singulares», porque son ellas, desde el punto de vista práctico-productivo, las que poseen una imagen de la realidad más amplia y cercana al objetivo para orientar una

(32) J. ORTEGA Y GASSET: «Ensayo sobre la situación del 'manager' en la sociedad actual», conferencia organizada por el British Institute of Management, Torquay, octubre de 1954.

economía europea. Esta reforma, que Ortega califica de «misión histórica», no puede ser preparada por los políticos, ni siquiera por los economistas, sino por los *managers*, los gerentes, los directores comerciales, en grandes reuniones, en principio locales, después nacionales y al final comunitarias. Su objetivo sería aclarar la posibilidad de que las industrias nacidas bajo la vigencia de la idea de Nación puedan sobrevivir en una macro-organización económica que trascienda los límites nacionales.

Sin embargo, los agentes activos de todo proceso económico se resisten a pensar desde una perspectiva supranacional. Y es que la idea de Nación como idea-caparazón ha cobrado un vigor increíble en los pueblos europeos. En el siglo XIX y principios del XX el nacionalismo económico era expansivo y dominante; a raíz de la última gran guerra intereuropea, ese nacionalismo, a pesar del enorme intercambio mundial, se ha convertido en proteccionismo defensivo, cerrado hacia el interior de las fronteras. En esta dinámica, cuando las necesidades obligan a la adopción de acuerdos supranacionales y aun internacionales, los pueblos de Europa han abandonado sus aspiraciones y ambiciones y corren el peligro de habituarse a las soluciones fáciles, a modo de parches circunstanciales y momentáneos, sin vocación de continuidad. Pero posiblemente el hecho que más grave presión ejerce sobre las economías europeas es la terrible amenaza de una guerra nuclear. En este sentido, la restauración económica de Europa en un marco unitario y orgánico es una ficción. No se trata, pues, de dar publicidad sobre la imposibilidad de tal conflicto pero Europa ha de saber resolver ese problema para que nunca más le sirva de excusa obstaculizadora a su unificación. «Europa ha sido siempre pródiga en invenciones.» No hay nada más negativo para la unificación de la economía europea como la perpetuación indefinida de los grandes problemas fundamentales, tanto económicos como políticos, que gravitan actualmente sobre nuestros pueblos europeos.

XIII. EUROPA ES IGUAL A CIENCIA MAS TECNICA

La definición orteguiana de Europa deviene, en contraposición a su análisis sobre la invertebración o falta de estructuración de España, a través de una fórmula, que a pesar de su sencillez gramatical y aritmética, oculta, sin embargo, una reflexión compleja sobre la ciencia y la técnica europeas. Porque si, para Ortega, «Europa es ciencia», «España es inconsciencia (33). Europa, pues, no es simplemente «la industria, el comercio, el confort, la comodidad, etc.». Europa es la inventora de la técnica científica, de la conjunción experimentación científi-

(33) J. ORTEGA Y GASSET: *Meditaciones del Quijote*.

ca-industrialismo, frente a América que no la «inventa», sino que la «implanta» en aras de una concepción tecnopráctica de la vida. Sólo la técnica europea tiene un origen científico, y esa especificidad la distingue de todas las demás técnicas planetarias: si aquélla se encuentra en constante movimiento evolutivo e ilimitado, el resto se desarrolla en retroceso.

La ciencia y la técnica van de la mano, unidas de la cultura europea. Ortega rechaza la idea de Spengler según la cual «la técnica puede seguir viviendo cuando ha muerto el interés por los principios de la cultura» (34). La técnica no puede vivir sin su base científica, y ésta no brota espontáneamente sino en el interior de una cultura vital y entusiasta. Es erróneo, pues, considerar el «tecnicismo» como parte integrante de la «cultura moderna», prescindiendo al mismo tiempo de toda clase de cultura científica.

Una de las leyes que Ortega y Gasset destaca de la historia es el hecho de que «los movimientos técnicos» del hombre europeo han aumentado cuantitativa y cualitativamente, es decir, que la actividad u ocupación técnica del europeo se ha desarrollado en permanente progreso. De ahí que la técnica sea uno de los rasgos constitutivos y esenciales del hombre europeo. La tesis orteguiana queda de esta forma planteada: el hombre europeo es un ser técnico (35). Y como el europeo es un ser técnico, pretende crearse un «mundo nuevo». La técnica es creación, pero no una *creatio ex nihilo*, sino una *creatio ex aliquo*. A través de ella, el europeo alude a un mundo originario, que tradicionalmente llamamos «naturaleza», en el que se siente incómodo e inadaptado. Partiendo de la «naturaleza» no como realidad genuina, sino como idea interpretativa del mundo, Ortega descubre que el hombre europeo se mueve en las entrañas de esa «idea», pero sin pertenecer a ella, sino, al contrario, situándose frente a ella, mediante un «extrañamiento», mediante la destrucción de la regulación natural del «ser». Porque el hombre no tiene naturaleza desde la perspectiva de invariabilidad de sus leyes: en lugar de naturaleza tiene historia, tiene cultura, y específicamente, en Europa, el hombre rompe esa invariabilidad, que es contraria a su sustancia, sirviéndose de los movimientos tecnocientíficos. Así, Europa es igual a ciencia más técnica, no por casualidad, sino porque el europeo, al no poseer «un ser dado y perpetuo» por naturaleza, no tiene más remedio que buscarlo eternamente.

Para Ortega, el hombre no se conforma simplemente con estar en la naturaleza, sino que desea el «bienestar», el «estar bien», término este último que introduce una nueva dimensión sobrenatural en la naturaleza. «Si nuestra existencia no fuese ya desde un principio la forzosidad de construir con el material de la naturaleza la pretensión extranatural que es el hombre, ninguna de esas técnicas

(34) J. ORTEGA Y GASSET: *La rebelión de las masas*.

(35) J. ORTEGA Y GASSET: Conferencia titulada «El mito del hombre allende la técnica», en *Obras completas*, tomo IX, Madrid, Alianza Editorial.

existiría. El hecho absoluto, el puro fenómeno del universo que es la técnica, sólo puede darse en esa extraña, patética, dramática combinación metafísica de que dos entes heterogéneos —el hombre y el mundo— se vean obligados a unificarse, de modo que uno de ellos, el hombre, logre insertar su ser extramundano en el otro, que es precisamente el mundo» (36).

Ortega puso de relieve el carácter esencial de la técnica para la vida humana: «el hombre empieza cuando empieza la técnica»; pero al mismo tiempo señala su profundo sentido histórico, su condicionamiento por los supremos ideales vitales del hombre. Tal concepción de la técnica tiene que considerar como deficiente la actitud griega que configura al hombre como parte de la naturaleza, cuya felicidad sólo podía consistir en encontrarse perfectamente encajado en ella, o la actitud oriental, extremadamente representada por la creencia en el nirvana budista, que sobrepone la felicidad en la progresiva anulación del ser personal.

La técnica europea acabará convirtiéndose en una especie de sobrenaturaleza humana que pueda adoptar cualquier tipo de sociedad humana. Ciertamente que la técnica europea moderna no es un producto natural, sino, muy al contrario, un producto rigurosamente histórico, resultado de un lento y complejo proceso de constitución.

En fin, la idea europea orteguiana, algo devaluada por el transcurso del tiempo y de los acontecimientos, nos habla con sinceridad de la preexistencia de un ente cultural histórico, de una rica pluralidad de formas de vida, condenadas al entendimiento futuro y a la reafirmación de su específica diferencia dentro del contexto geopolítico mundial. Una lección minuciosa que los discípulos de Ortega y Gasset estamos obligados a desarrollar y actualizar, sin más cortapisas que las inherentes a todo compromiso intelectual.

XIV. A MODO DE CONCLUSION: EUROPA COMO IDENTIDAD NACIONAL

Para interpretar el pensamiento político de Ortega en torno a la idea de «Estado» debemos dilucidar una aparente contradicción terminológica, puesto que el ensayista español utiliza dicho concepto en dos sentidos distintos. El primero de ellos, en sentido peyorativo, apunta a la dirección «estatalista», según la cual el Estado aparece como un engendro artificial, controlador y dominador, que se alimenta del cuerpo orgánico nacional. En el segundo sentido, el Estado originario y primigenio funciona precisamente con y para el grupo nacional, que lo ha creado a su imagen y semejanza, constituyendo, en sentido estricto, el llamado Estado nacional.

(36) J. ORTEGA Y GASSET: *Meditación de la técnica*, Col. Austral, Espasa-Calpe.

La concepción orteguiana del Estado se encuadra dentro de la más compleja de «Nación». Para ello Ortega parte de la idea de Renan según la cual la nación supone la existencia de un pasado, un presente y un futuro comunes: «La existencia de una nación es un plebiscito cotidiano». Ortega no renuncia al carácter plebiscitario de la realidad histórica nacional, pero rechaza las glorias pasadas y la voluntad presente como datos del concepto nación para subrayar que la idea fundamental es la existencia constatable de un proyecto fáctico, un futuro de acción que se traduce en el deseo colectivo de «hacer» un futuro común. De esta forma, el Estado nacional se habría creado con total indiferencia hacia los conceptos de comunidad étnica y/o lingüística, hasta tal punto, que Ortega llega a afirmar que «toda unidad lingüística que abarca un territorio de alguna extensión es casi seguramente precipitado de alguna unificación política precedente». Tampoco el condicionamiento geográfico tiene significado para la existencia del Estado nacional, ya que las fronteras nacionales se encuentran en función de la capacidad de expansión técnica y cultural, pero esos mismos límites suponían un equilibrio entre la tensión de las fuerzas de presión-expansión que contribuían a la integración del Estado nacional.

Así Ortega fundamenta el Estado en un auténtico «proyecto de acción», programa de futuro en común que es aceptado totalmente por la colectividad que se mantiene en lo que el pensador denomina «identidad hipostática» con el poder. Y será en función de la relación existente entre el poder público y las colectividades lo que determinará el tipo de Estado y la concepción política que le sirve de sustento.

La interpretación orteguiana de la evolución histórica de la idea del Estado nacional tiene tres fases progresivas:

- 1.^a La *comunidad* étnico-lingüística o agrupación de distintos conjuntos geográfica, étnica y lingüísticamente próximos o emparentados.
- 2.^a El *nacionalismo* o sentimiento hostil hacia los grupos extraños y tendencia homogeneizadora de los grupos propios en un plano de igualdad o aniquilador de las diferencias.
- 3.^a El *Estado nacional*, según el pensamiento expuesto hasta el momento.

Sin embargo, este proceso evolutivo no ha quedado paralizado. Los Estados nacionales han alcanzado su máximo grado de evolución a la vez que emerge la idea de que, a partir de una semejanza de los intereses y de las aspiraciones, se pudiera formar una unidad política superior. Esto es, el proyecto Europa, que integraría a los distintos Estados nacionales en una unidad superior.

Ortega encuentra en la idea de Europa la respuesta al problema de España. El objetivo español debe ser la integración en la cultura europea, la conquista de un mínimo cultural que nos sitúe al «nivel histórico» o a la «altura de los tiempos» de la evolución cultural y nacional de Europa. Pero frente a la idea europeísta que proclamaba la unión o la fusión del pueblo español con Europa y a la tenden-

cia casticista que defendía la conservación de nuestra individualidad social, Ortega prefería insistir en la adopción del «método cultural y científico de Europa para incorporarlo a nuestro nivel», pero sin renunciar a la peculiaridad y diferencial destino histórico.

El carácter distintivo de Europa, es decir, la identidad en que se refleja el sentimiento europeo es, precisamente, su esencial impulso por una empresa unificadora de la diversidad nacional. El concepto clásico de nación se ha quedado estrecho, asfixiante y debe ser sustituido por un equilibrio político fundamentado en la identidad cultural que aglutina la pluralidad nacional. Este es el verdadero sentido del proceso histórico dirigido a la culminación de la Nación europea.